

HUMANITAS

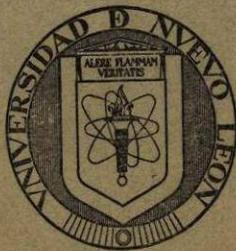
ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
PEROTECA



*Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria*

6



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

1965

AZORÍN, RE-VALORIZADOR DE LO ESPAÑOL

LIC. MARÍA GUADALUPE MARTÍNEZ B.
Facultad de Filosofía y Letras de la U.N.L.

Sumario: 1. Situación de España hacia 1898.—2. La generación del 98 y su interés en el cauce literario e histórico.—3. Azorín, noventaiochista. Su obra.—4. Influencias diversas en el pensamiento azoriniano.—5. Algunas novelas de carácter auto-biográfico: Las Confesiones de un pequeño filósofo, Don Juan y El Escritor.—6. Conclusión: Azorín, re-valorizador de lo español.

1. SITUACIÓN DE ESPAÑA HACIA 1898

Al hacer un estudio de uno de los hombres de la época moderna, que marca uno de los pilares fundamentales de la Literatura Española, José Martínez Ruiz, empezaremos con una pequeña exposición de los diversos acontecimientos que sucedieron a fines del siglo pasado y a principios del presente, ya que Azorín nació en el año 1874 y es uno de los noventaiochistas.

Dentro de la historia de la Literatura Española, el año 1898 marca un momento fundamental y decisivo para España, a un grado tal, que los hombres que nacieron alrededor de ese año y que luego se destacan como grandes intelectuales, forman lo que se ha llamado "la generación del 98", año que ofrece la aparición del Modernismo en Hispano-América.

Hacia fines del siglo XIX el pueblo español estaba en manos de agricultores, y "en el mercado mundial, España sólo podía presentar los productos de su suelo y los de su subsuelo, a cambio de los productos manufacturados de las industrias extranjeras",¹ y este hecho hacía que España se desinteresase por el extranjero y el extranjero de España, teniendo como consecuencia que la mayoría de los españoles llevase una vida un tanto pobre y en ciertos casos mísera.

¹ PIERRE BROUÉ y EMILE TEMIME, *La Revolución y la guerra de España*, tomo I. C.P. No. 33, p. 23.

Por otra parte, el Socialismo creciente y la evolución socio-económica-política que se gestaba en el pueblo dio lugar al cambio de la Monarquía en República. Surgió asimismo la pérdida de las últimas posesiones españolas en Hispanoamérica, y estos hechos corroboraron la incertidumbre del porvenir español que se refleja en el pensamiento angustioso de los filósofos de entonces y de los noventaiochistas, cuya preocupación fundamental fue España.

2. LA GENERACIÓN DEL 98 Y SU INTERÉS EN EL CAUCE LITERARIO E HISTÓRICO

La generación del 98 es la denominación dada a un grupo de escritores de esa época, quienes dieron a conocer a través de su pluma sus inquietudes acerca de su querida patria: España. "El tema fundamental de este sutil movimiento es España. La generación del 98, diremos, se preocupa de lo español, pero con una insistencia particular, y, sobre todo, con una visión inconfundible".²

Los intelectuales del 98: Angel Ganivet, el precursor, Pío Baroja, Maeztu, Benavente, Valle Inclán, Unamuno, los Machado, Joaquín Costa, José Martínez Ruiz —Azorín—, Francisco Villaespesa, el bejamín Juan Ramón Jiménez, etc., etc., se preocupaban por la inestabilidad socio-política de entonces que dio lugar a la tragedia civil, en la que predominó una lucha ideológico-religiosa y sociológico-económica-nacional, con proyección internacional.

La historia nos dice que España ha sido cristiana, pues ya desde las primeras obras literarias como *El Cid*, de autor anónimo, o *Los Milagros de Nuestra Señora*, de Gonzalo de Berceo, o *Las Cantigas* de Alfonso X, el Sabio, etc. se nos muestran las diversas cualidades y características de lo español, de lo que es castizo y puramente ibero. *El Cid*, símbolo de una raza y de una nación, es un héroe cristiano, un perfecto guerrero, amante esposo y padre; en fin, el reflejo del ideal caballeresco que predominó en la Literatura Española Medieval, y en la España misma. Además, observamos en el poema *El Cid*, la lucha ideológica-social de entonces: los moros adoraban a Alá; en cambio, el Cid y sus hombres a Dios y a la Virgen; y esa lucha ideológica que, claro está, va ligada a un determinado momento histórico y especial, se nos antoja que vuelve a repetirse en "la guerra civil española" —1936-39—; pero los caudillos y los héroes nacionales de esta época, la historia y el tiempo los proclamarán.

Ahora bien, nos preguntamos, ¿cuáles son las actitudes que tienen los noventaiochistas frente al problema de su yo y al de su patria, España?

² *Historia de la Literatura Española*. E.P.E.S.A., p. 98.

Cada uno de ellos tiene una especial actitud ante la vida y en relación con sus semejantes, pero todos tienen un denominador común: el enfocar directamente el problema de su yo relacionado con su pueblo: España. Esta actitud concreta, directa, al enfocar dentro de los márgenes geográficos de España su especulación literaria y filosófica primordial, les caracteriza. No olvidemos que España en una época fue el centro de Europa y del pensamiento occidental, y de ello, todos los que pertenecemos a los países ibero-americanos, deberíamos estar plenamente orgullosos. Como lo señala la historia, ese poderío español que alcanzó su clímax hacia los siglos XVI y XVII, y ese renombre histórico-literario-cultural que obtuvo bajo el reinado de Alfonso VII, es un orgullo y una honra de todo español e hispanoamericano. En la época moderna, la actitud de los hombres del 98 al meditar en el pasado de su historia confrontada con el presente y el futuro, da lugar a esa renovación del espíritu que particulariza a la tan polemizada "generación noventaiochista".

A partir del 98, surgen dentro de la historia literaria, una gama de géneros y de nombres estilísticos, y de aquí la importancia de esta época. Así tenemos el "esperpento" de Valle Inclán; "las doloras" y "humoradas" de Ramón de Campoamor; los "paliques" de Clarín, el "disparate" y las "greguerías" de Ramón Gómez de la Serna; el "ensayo"; lo que se ha llamado "nueva novela", la "prenovela", la "etopeya" de Azorín, etc., etc.

Sin embargo, como decíamos, el común denominador de los noventaiochistas es la preocupación por España y sus hombres, como lo captamos en Azorín.

3. AZORÍN, NOVENTAIOCHISTA. SU OBRA

Azorín, que nació en Alicante, España, en 1873, aún vive a la fecha. Cuenta con 91 años. Sus padres fueron Isidro Martínez Soriano, abogado, y Lucía Ruiz, maestra.

De familia de clase media, hizo su instrucción primaria en su ciudad natal; su bachillerato en el Colegio de los Padres Escolapios, en Yecla, pueblo de Murcia, donde recibió una educación esmerada. Luego, siguió sus estudios universitarios en la Facultad de Derecho en Valencia y en Granada —1888 a 1894.

Desde esta época colaboró en *Las Provincias*, y en *El Mercantil*, haciendo crítica teatral.

El 25 de noviembre de 1896, se trasladó a Madrid, en donde colaboró con la prensa capitalina, en el periódico *El País*.

Hacia 1897, el gran crítico Clarín —Leopoldo Alas—, le presagia buen éxito y le introduce en el medio periodístico, en sus célebres paliques.

Después, Azorín publicó en *El Progreso*, en la sección de Avisos, la fecha clave de la generación que surgía —1898—.

En 1899, publica *Alma Castellana*.

En 1902, colaboró en *El Globo*, periódico republicano y anticlerical, y en esa misma fecha dio a publicidad su novela *Voluntad*, que le dio renombre en España.

Desde entonces siguió colaborando sin interrupción en diversos diarios y revistas: *Alma Española*, *Revista Nueva*, *Juventud*, *Arte Joven*, el *Imparcial*, el *A.B.C.*, etc. A la vez tomó parte en la política, ya que fue cinco veces Diputado al Congreso, de 1907 a 1919.

En 1924 fue elegido académico de la Real Academia Española de la Lengua con su publicación: *Una hora de España*, de la que comenta Walter Starke que Azorín nos lleva por espacios y tiempo a través de tierras y siglos de España.

En la guerra civil española —1936-1939—, José Martínez Ruiz salió de España. Fue a vivir a Francia, de cuya estancia tenemos la prueba de sus recuerdos en sus libros.

Utilizó diversos pseudónimos en las primeras obras para luego escoger definitivamente el de Azorín.

En *La Crítica Literaria en España* —1893—, se firma Cándido; en *Buscapiés* —1894—, Arhimán; en *Las Confesiones de un pequeño filósofo* —1904—, Azorín, el que siguió utilizando posteriormente.

Martínez Ruiz, a través de sus obras, se nos muestra como un hombre apacible, sencillo, inteligente, con una visión muy amplia del mundo y de la vida y con un interés predominante por su pueblo, el que ve desmoronarse poco a poco al estallar la guerra civil y luego la segunda guerra mundial, en donde predominó la fuerza bruta sobre la razón. Azorín tiene una conciencia histórica profunda y un orgullo de raza, ya que se da cuenta perfecta de lo que significó y ha significado España a través de la historia mundial, y a pesar de que le tocó vivir en un momento de desquiciamiento de los ideales fundamentales del español, medita con angustia en el porvenir de su patria, mas siempre conservó la fe en el futuro, en el que ha supuesto que se reconquistará nuevamente la re-valorización de los valores intelectuales, religiosos, morales, místicos, teológicos y sociales de su pueblo, del que no ha habido paralelo en el mundo, en su época de florecimiento.

Azorín, en sus primeras obras como en *La Voluntad*, se nos muestra como “un anárquico y un revolucionario”; “ni religión ni Estado”. Entonces, Martínez Ruiz contaba apenas veinte años —1901—, mas ese desequilibrio nervioso y rebelde pasó pronto, y en su madurez tenemos al escritor meditabundo y angustiado por los problemas del hombre y de su tiempo.

Azorín escribió novela, teatro, crítica y ensayo. Entre sus libros principales tenemos: *Antonio Azorín* —1903—; *Las Confesiones de un pequeño filósofo* —1904—; *Los Pueblos* —1905—; *El paisaje de España visto por los españoles* —1917—; *Los dos Luises y otros ensayos* —1921—; *Don Juan* —1922—; *Una hora de España* —1924—; *Doña Inés* —1925—; *Blanco en Azul* —1929—; *Salvadora de Olbena* —1927—; *El Escritor* —1943—; *Españoles en París*, etc., etc.

4. INFLUENCIAS DIVERSAS EN EL PENSAMIENTO AZORINIANO

Entre las influencias que sufre Azorín, podemos señalar la de Montaigne, la de Descartes, la de los Goncourt —tendencia al análisis y a la despreocupación por la trama argumental—; las diversas corrientes francesas de fines del siglo XIX y principios del XX: el Simbolismo, el Impresionismo, el Realismo, el Surrealismo, el Neo-romanticismo, etc., etc.

La influencia de Montaigne en Azorín la captamos de la obra del ilustre francés: *Los Ensayos*, en la que el autor medita sobre el hombre en sus diversas edades y situaciones; en sus estados anímicos; en las relaciones con sus semejantes, etc., etc. Según Montaigne, los elementos esenciales para la elaboración de sus ensayos fueron: los dados en los libros, los de la vida y los de él mismo, y opina que su obra no se puede comentar independientemente de su autor, puesto que él mismo va implícito. Anota: “Mon libre, ce n'est que la peinture de moi-même”.³ Y, en efecto, nos da el resultado de su experiencia personal en una forma aparentemente expuesta sin orden ni sucesión ni relación alguna, ni plan estricto, con muchas evasiones fantásticas como siguiendo sus propios sueños, pero en esencia se impone el pensar filosófico del hombre. Así dice que “filosofar es aprender a morir”. Montaigne a través de sus Ensayos nos da juiciosas observaciones, interesantes confidencias y un arte estilístico maravilloso: utiliza la antítesis, las metáforas, las comparaciones, las imágenes, la expresión sencilla y sin rebuscamientos, “escribe como habla”, no corrige demasiado lo que escribe; sin embargo, en ese desorden aparente tenemos la técnica artística del escritor, la que Azorín adopta a través de la observación del detalle, puesto que tiene una sensibilidad exquisita, una percepción diminuta y una profundidad de pensamiento. Sin embargo, Azorín logra destacar su personalidad propia.

La mayoría de los personajes azorinianos son de buenos sentimientos e incapaces de llevar a cabo una mala acción, diferencia ésta en relación con los escritores naturalistas. Tal parece que Azorín no daba cabida a un tipo in-

³ MONTAIGNE, *Essais*, I (*L'homme*). Classiques Larousse, p. 9.

moral o amoral en sus obras. Sí se preocupa por la clase ínfima y la retrata en algunos de sus libros, principalmente en aquellos en los que enfoca el paisaje de España, pero la maldad en sus héroes no la encontramos. Como decíamos, Azorín se interesa por todo lo que está a su alrededor, captando la realidad, unas veces con un tono más subjetivo como en su etapa de adhesión al surrealismo, pero al final de su evolución artística de escritor vuelve a su personalidad íntima de escritor realista. Azorín no enfoca al hombre en sus estados anímicos pasionales o anormales, sino al hombre como tal, en su actitud normal, y primordialmente al español como entidad individual y al pueblo español como realidad social. Como apuntábamos, la descripción de la realidad en sus más crudos detalles hasta llegar a la caricatura, estilización de los escritores naturalistas, como Zola, o Flaubert, o los Goncourt, no la tenemos en Azorín, aunque se haya nutrido de la lectura de estos autores.

Azorín también se nutre de la lectura de los clásicos españoles y en general de la Literatura Española, influencia que tenemos reflejada en sus obras como en *Cabeza de Castilla*, en la que pinta al Cid; o en *Salvadora de Olbena*, o en *Tomás Rueda*, o en *Los dos Luises y otros ensayos*, etc., etc.

5. ALGUNAS NOVELAS DE CARÁCTER AUTO-BIOGRÁFICO: LAS CONFESIONES DE UN PEQUEÑO FILÓSOFO, DON JUAN Y EL ESCRITOR

De la obra tan extensa y variada de Azorín me limitaré, por ahora, a comentar solamente: *Las Confesiones de un pequeño filósofo* —1904—; *Don Juan* —1922— y *El Escritor* —1943—, en las cuales captamos las diversas etapas de la vida y del pensamiento azoriniano, para situar la personalidad propia de Martínez Ruiz, interesante, definitiva y de transición en un mundo que marca una evolución decisiva en la Historia de España, no sólo en el aspecto literario sino en todos los aspectos, ya que España sufre una transformación aún no acabada para incorporarse en el mundo de la civilización contemporánea.

España tuvo un triunfo literario, la Edad de Oro, pero en el s. XIX sus hombres se estaban rezagando con las glorias anteriores. Entonces era necesario un empuje de algunos intelectuales valerosos, capaces de dar a la publicidad los problemas y las sugerencias posibles para la solución de los mismos, como podemos catalogar al grupo de la generación del 98, y entre éstos a Azorín.

José Martínez Ruiz, a quien consideramos como un pilar fundamental en la historia de la Literatura Española, escritor individualista y de visión polifacética, nos ofrece un campo de investigación muy interesante, desde todos

los puntos de vista. En sus obras de aspecto autobiográfico, refleja una imaginación creadora unida a una observación detallista, adhiriéndose de esta manera a la corriente impresionista y posteriormente a la supra-realista. A la vez, observamos ese dinamismo interno de acción a través del tiempo y del espacio. En algunos pasajes de sus obras se capta la introspección de los personajes con sus soliloquios y ensimismamientos; en otros, el romanticismo (en algunas de sus obras) como en *Salvadora de Olbena*, y en otros, la manera de pensar y de sentir del hombre contemporáneo: rebelde, individualista, idealista y revolucionario.

Las Confesiones de un pequeño filósofo —1904—, una de las primeras novelas de Azorín, es una serie de recuerdos e impresiones de su infancia y de su juventud pasada en Monóvar y en Yecla, pueblo murciano cerca de Madrid, en donde hizo sus primeros estudios, en el Colegio de los Escolapios, uno de los más severos y estrictos de la época, que, sin duda, influyó en su personalidad posteriormente. Hay en Azorín una simplicidad y una sinceridad que atrae. La técnica literaria que utiliza es muy personal; el aspecto subjetivo y la pintura del detalle es el que predomina en su obra. Es un gran paisajista y un magnífico retratista. Pinta a sus profesores y a las personas que le rodean con una psicología individual y muy propia. Hay mucho de intimidad y de confesión en sus relatos: muchas inquietudes en su espíritu y una fuerza interna para captar el porqué de las cosas y de los sucesos. Así anota: "De Monóvar a Yecla hay seis u ocho horas: salíamos al romper el alba; llegábamos a prima tarde. El carro iba dando tumbos por los hondos reles; a veces parábamos para almorzar bajo un olivo. Y yo tengo muy presente que, ya al promediar la caminata, se columbraban desde lo alto de un puerto pedregoso, allá en los confines de la inmensa llanura negruzca, los puntitos blancos del poblado y la gigantesca cúpula de la iglesia nueva, que refulgía".⁴

Y en otro párrafo: "Yo he sentido muchas veces estas tristezas indefinibles; era muchacho; en los veranos iba frecuentemente a la capital de la provincia y me sentaba largas horas en los balnearios, junto al mar. Y yo veía entonces, y he visto luego, algunas de estas mujeres misteriosas, sugestionadoras, que, como el mar azul que se ensanchaba ante mi vista, me hacían pensar en lo Infinito".⁵ ¿Y quién es lo Infinito sino Dios? Azorín con sus diversas inquietudes desde joven, siempre medita en Dios y en su misericordia.

Con la lectura de esta novela, notamos también el inquietante meditar sobre el tiempo, una de las temáticas constantes que particularizan a Martínez Ruiz como escritor contemporáneo. Captamos, asimismo, una cierta ironía

⁴ AZORÍN, *Las Confesiones de un pequeño filósofo*. Col. Austral No. 491, p. 30.

⁵ AZORÍN, *Ibidem*, p. 125.

acerca de la clase social alta española, quizás porque le dolía la pobreza que observaba a su alrededor, pues ha llegado a ser uno de los mejores críticos de la época moderna. Su actitud frente a la vida y frente a la muerte es realista, decidida, inquieta, meditada y comprensiva, y su conocimiento de las cosas es claro y preciso, no rebuscado como sucede con las elaboraciones mentales de muchos de nuestros literatos contemporáneos.

Martínez Ruiz en esta novela: *Las Confesiones de un pequeño filósofo*, esboza a la mujer de una manera muy idealista, que se reafirma dada la época de estudiante que expone. Posteriormente, en el *Don Juan*, prosigue el ideal amoroso y la nostalgia de la plenitud de la vida.

El nombre de esta obra de Azorín, el *Don Juan*, nos trae a la mente el *Don Juan* de Tirso de Molina, o el de Molière, o el de Puschkin, o el de Zorrilla, o al Marqués de Bradomín de Valle Inclán, pero de todos ellos, el de Azorín difiere en esencia: ni es un bulador, ni un descreído, ni un fantástico, ni un romántico; sino un hombre común del siglo XX, un hombre español que contempla la vida, el pasar de los días y de las cosas con una serenidad profunda, que acepta su destino y aunque angustiado por su patria, tiene una fe y una esperanza en sus semejantes. Así dice al final de su novela: "Las maravillas que yo veo ahora son la fe de las almas ingenuas y la esperanza que nunca acaba" . . . "El amor que conozco ahora es el amor más alto. Es la piedad por todo".⁶

Azorín concibe la novela como "una serie de notas vivaces e inconexas como lo es la realidad" con un mínimo de argumento, y de esta manera marca una evolución dentro de la Historia de la Literatura Española, ya que reforma las normas clasicistas de ciertos géneros literarios o enfoca a su renovación. Como apuntábamos, nosotros consideramos a Martínez Ruiz como un eje de transición entre la época anterior y las corrientes modernistas y contemporáneas de la Historia literaria.

En el *Don Juan* se supone que el personaje principal sea el mismo Azorín, pues se nota a cada momento la observación directa de las cosas, los recuerdos y las vivencias. Como sabemos, Azorín vivió en París y en esta novela nos relata, con una sencillez de estilo, esos momentos agradables y esas amistades que tuvo en la capital francesa. Como escritor modernista, nos muestra esa inquietud por salir de su propio ambiente —la España— y esa atracción por las cosas extrañas a su patria, el exotismo.

El *Don Juan*, "viejo pecador arrepentido, ahora hombre sencillo y generoso", es un hombre común. Así lo describe Azorín: "Don Juan es un hombre como todos los hombres. No es alto ni bajo, ni delgado ni grueso. Trae una barbita, en punta, corta. Su pelo está cortado casi a rape. No dicen nada

⁶ Azorín, *Don Juan*. Col. Austral, No. 153, p. 152.

sus ojos claros y vivos: miran como todos los ojos. La ropa que viste es pulcra, rica; pero sin apariencias fastuosas. No hay una mácula en su traje ni una sombra en su camisa" . . . "Acepta la flaqueza eterna humana y tiene para los desvaríos una sonrisa de piedad".⁷

Luego, Azorín sigue describiendo las diversas cualidades de su personaje que seguramente las tuvo él mismo. Así anota que su *Don Juan* gusta de la soledad, de la meditación y del arte, ya que el arte es la esencia de la espiritualidad del hombre, sea éste árabe, inglés, alemán, judío, francés o español. "En arte lo que importa no es la cantidad, sino la espiritualidad y delicadeza del trabajo",⁸ apunta.

Se supone que la concepción de esta novela la tuvo Martínez Ruiz de la lectura de *Los Milagros de Nuestra Señora*, de Berceo, obra del siglo XIII, en la que se describe a un monje pecador que por la intercesión de la Santísima Virgen se reforma y se salva en el relato medieval. Ahora bien, el *Don Juan* azoriniano, hombre sencillo y simple, no hace más que ofrecer al lector sus vivencias y observaciones tanto de España como de Francia. Azorín recoge en esta obra no sólo la influencia española sino también la francesa. Esos años vividos en la "Ville Lumière" no pasaron en balde, puesto que se reflejan, en su novela, las alusiones a los diversos escritores franceses que leyó seguramente: Racine, Bossuet, etc., etc. y, asimismo, se observan las diversas expresiones en boca de sus personajes como en el capítulo XXVII que recuerda a París como la ciudad más hermosa del mundo, cuando Don Gonzalo dice a Jeannete: "Ton village est le plus joli du monde". En esta novela tenemos a Azorín, escritor español, de un estilo castizo, sencillo y ágil, entremezclando el idioma francés dulce, encantador y apacible. No en vano ambos idiomas provienen de un mismo tronco, y no en balde el francés y el español tienen esa manera de ser y de pensar propias del hombre latino. Asimismo Martínez Ruiz nos da en esta obra una visión profunda del futuro de la humanidad que tiende sus lazos amorosos para poder lograr una convivencia humana y una paz estable en el orbe.

El tema de la mujer y del amor en el *Don Juan* azoriniano es muy sutil. Apenas dibuja unas cuantas mujeres como la monja Sor Natividad, abadesa del convento de San Jerónimo, quien logra inquietar al personaje central, Don Gonzalo, cuando éste la observa al inclinarse ella a arreglar una maceta en el jardín; y Jeannette, una jovencita francesa que también influye un tanto en él. El tema del donjuanismo, tan hispánico, en esta novela carece casi en absoluto del argumento fundamental. Sin embargo, Azorín en su obra *El Escritor*, a la edad de sesenta y nueve años, continúa con el tema

⁷ Azorín, *op. cit.*, pp. 17-18.

⁸ Azorín, *op. cit.*, p. 20.

del "eterno femenino" y hace hincapié en la necesidad de una re-valorización de la Literatura Española y de su temática. Recordemos que en la Edad Media, la mujer logra tener un sitio dentro de la nomenclatura sociológica de la época, a pesar de que era llevada al matrimonio por convenio de sus padres o por "intereses del Estado": se le valoraba como tal. En la época barroca, la mujer deviene a ser un valor meramente estático, plástico, positivista, similitud ésta con la corriente naturalista; en cambio, Azorín vuelve a idealizar a la mujer como en la época renacentista española, como la Dulcinea del Quijote, etapa en la que surge una gama de valores humanos: el amor, la conciencia del honor, de la familia, de la sociedad y de Dios. Azorín, a pesar de su recorrido por las diversas corrientes renacentistas tanto francesas como extranjeras, vuelve, en su madurez, a re-afirmarse como un español realista y castizo, orgulloso de serlo, y ofrece a sus lectores la re-incorporación del pasado de España al presente y la visión futura a través del hombre y de su obra artística como acontece en *El Escritor*.

El Escritor —1941— es una novela dedicada a Dionisio Ridruejo, en la que Azorín relata la vida de un escritor afamado, Antonio Quiroga, y su relación con el escritor Luis Dávila, representación de la nueva generación literaria. La trama argumental es muy sutil y algunos capítulos son un manual de técnica literaria. Martínez Ruiz va describiendo en esta obra sus impresiones de la vida cotidiana y la manera de concebir y elaborar un libro. Apunta: "Como fúlgidas exhalaciones en la noche, pasan por la conciencia viniendo de la hondura, sensaciones que lucen unos segundos y desaparecen súbitas. Nos hacemos la ilusión —si es que nos la hacemos— de que poseemos el óvulo fecundo de un poema o de un cuadro, y no tenemos, en definitiva, nada en nuestras manos. Y hay que esperar de nuevo. Esperar contemplando las nubes, el paisaje, el trajín afanoso de la ciudad. ¡Y ay de nosotros, poetas o pintores, si intentamos forzar el hado! El hado, para nosotros, es el azar fecundo, o el instinto, o la fuerza creadora de que nosotros no podemos disponer a nuestro talante y que se complace en jugar con nosotros, burlándonos unas veces, regalándonos otras. En el caballete el lienzo blanco espera. Y en la mesa, las blancas cuartillas".⁹

Luego, el mismo autor se asombra de su propia creación. Sigue la exposición de sus personajes, un tanto imaginarios y un tanto reales, y poco a poco va introduciéndonos en los problemas de la literatura. La realidad es para Azorín como la tela para el pintor o la cuartilla para el escritor. Allí, el artista vuelca sus impresiones, dando a su prosa la diversidad de matices. Su estilo es ameno, sencillo y simple. Opina que el escritor debe poseer el tono, la materia, el estilo, y tener conciencia de la dificultad de todos estos

⁹ AZORÍN, *El Escritor*. Col. Austral, No. 261, p. 13.

problemas. En esta novela tenemos, a cada momento, las indicaciones que conducen a ser un verdadero artista y un buen escritor.

Azorín es un hombre que se ha preocupado por España; y esa queja y esa angustia se reflejan en su obra, ya que ha enfocado sus especulaciones en la historia española, en sus hombres y en el futuro de su patria. Así apunta: "Y que si yo me precio de psicólogo —lo soy en poca escala— he de reconocer que en la mente de un hombre inmóvil, contenido entre cuatro paredes, pueden darse, respecto a su actitud ante el Infinito, ante Dios, en sus esperanzas y desesperanzas, en sus fervores y en sus desfallecimientos, conflictos tan dramáticos como los que motiva la más intensa acción".¹⁰

Martínez Ruiz hace alusión a que no gusta de las abstracciones sino más bien de la observación y de la narración de los hechos cotidianos, y así nos ofrece a través de su pluma sencilla, clara y elegante, una visión de la vida y de las cosas, de la cultura, del arte, de su actividad de escritor, etc., etc.

6. CONCLUSIONES. AZORÍN, RE-VALORIZADOR DE LO ESPAÑOL

Como conclusión opinamos que estas tres novelas comentadas: *Las Confesiones de un pequeño filósofo*, *Don Juan* y *El Escritor*, marcan momentos fundamentales en la vida de Azorín como hombre y como escritor, ya que en *Las Confesiones de un pequeño filósofo* nos describe su propia vida de niño y de adolescente con los PP. Jesuitas de Yecla; en *Don Juan*, su vida de juventud, dándonos un personaje simple y sencillo, opuesto al "tipo legendario", el *Don Juan*. Don Gonzalo, el personaje central en el *Don Juan* azoriniano, se siente atraído por la mujer, la idealiza y la ama como tal, y este esbozo de idealismo amoroso no se concretiza sino posteriormente en otra de sus novelas, *Tomás Rueda*; y en *El Escritor* tenemos al hombre y al escritor en su plenitud creadora, ofreciéndonos un manual de técnica literaria. Así pues, consideramos que José Martínez Ruiz, Azorín, es un verdadero literato y un re-valorizador de lo español.

Monterrey, N. L., mayo de 1964.

BIBLIOGRAFIA

1. PIERRE BROUE y EMILE TEMIME, *La Revolución y la guerra de España*. F.C.E. (C.P. No. 33). Tomos I y II.

¹⁰ AZORÍN, *op. cit.*, p. 54.

2. *Historia de la Literatura Española*. E.P.E.S.A.
3. SALINAS PEDRO, *Literatura Española. Siglo XX*. Clásicos Modernos, No. 1. Antigua Librería Robredo. México, 1949.
4. MONTAIGNE, *Essais. I. L'homme*. Classiques Larousse.
5. AZORÍN, *Las Confesiones de un pequeño filósofo*. Col. Austral. No. 491. 5a. Edición, 1962.
6. AZORÍN, *Don Juan*. Colección Austral. No. 153. 5a. Edición, 1957.
7. AZORÍN, *El Escritor*. Col. Austral. No. 261, 4a. Edición, 1957.
8. GRANJEL, LUIS S., *Retrato de Azorín*. Colección Guadarrama de Crítica y Ensayo. No. 13. Madrid, 1958. Ediciones Guadarrama.
9. P. LAIN ENTRALGO, *La generación del 98*. Col. Austral. No. 784. 1a. Edición, 1947.
10. DIEZ ECHARRI E. y ROCA FRANQUESA, J. M., *Historia General de la Literatura Española e Hispanoamericana*. Edición Aguilar, 1960.
11. VALBUENA, A., *Historia de la Literatura Española*. Tomo III. Editorial Gili, S. A. 6a. Edición, 1960.
12. PATTEE, RICARDO, *Informe sobre España*. Editorial Jus. México, 1948.
13. RIVOIRE, *Europa desde 1918 hasta hoy*. Manuales U.T.E.H.A. México. No. 88. Colección Ciencias Sociales.
14. GONZÁLEZ, MANUEL PEDRO, *Notas en torno al Modernismo*. Facultad de Filosofía y Letras. U.N.A.M. No. 27.
15. MARINELLO, JUAN, *Sobre el Modernismo. Polémica y Definición*. Facultad de Filosofía y Letras. U.N.A.M. No. 46.
16. DÍAZ PLAJA, GUILLERMO, *Hacia un concepto de la Literatura Española*. Ensayos elegidos, 1931-1941. Col. Austral. No. 297. 4a. Edición, 1962.
17. SÁINZ DE ROBLES, F. C., *Los Movimientos Literarios*. Historia. Interpretación. Crítica. Editorial Aguilar. Madrid, 1957.
18. P. LAÍN ENTRALGO, *España como problema*. Ensayistas Hispánicos. Aguilar Editor.
19. GAETAN PICON, *Panorama de la Nouvelle Littérature Française*. Librairie Gallimard, 1960.

BÉCQUER: SU REALIDAD POÉTICA

CÁNDIDO AYLLÓN
University of California, Riverside

DENTRO DE LA POESÍA ESPAÑOLA del siglo XIX representa GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER algo muy singular: una "depuración" y una "Poética".

En cuanto al momento histórico ocupa Bécquer una posición peculiar: vivió en el momento del paso del romanticismo al realismo (1836-1870). Entre estas dos sensibilidades la del sevillano es muy original. Para el romántico de la etapa inicial (un Espronceda, un Duque de Rivas), las grandes preocupaciones habían sido el culto al "Yo", la exaltación de la propia personalidad, las ansias de libertad, las angustias metafísicas. Pero, digamos, este romántico trató sus preocupaciones con bastante exhibicionismo: desde el perímetro hacia afuera. En la segunda mitad del siglo el realista se halló en busca de la realidad exterior: abandonó el exhibicionismo y se fue en busca de mayor objetividad. Al desaparecer el exhibicionismo, se dedicó a observar la realidad externa, desde el perímetro todavía más hacia afuera. Frente a estas dos actitudes Bécquer está en completo desacuerdo: una vida sombría, aislada; un hombre tímido, retraído, soñador: un artista sólo en busca de sus realidades poéticas. Rechaza la objetividad del realista y purifica los intentos del romántico: vive desde el perímetro hacia adentro.

Y en cuanto a la poesía de los dos momentos ocupa la becqueriana una posición peculiar: rechaza lo aparatoso de la romántica. Desaparecen los gestos estridentes, la musiquilla fácil y el colorido chillón. Intenta una purificación de sí misma. El contenido se caracteriza por lo hondo e intenso subjetivo; la forma, por su sencillez y la levedad.

Si dentro de la poesía del siglo XIX representa Bécquer una "depuración", representa a la vez una actitud del artista consciente. Crea una "Poética", algo raro en España, más raro todavía en el siglo XIX. Nos deja ideas fijas sobre ¿Qué es poesía? Su "Poética" resulta un nexo para el estudio de su obra, más bien de sus *Rimas*, que nos interesan aquí.

Hay dos vidas de Bécquer: la que sufrió y la que creó en su imaginación